

# LA ISLA DEL TESORO

ROBERT LOUIS STEVENSON

# LA ISLA DEL TESORO

Traducción de Joan Riambau  
Ilustraciones de Joan Junceda



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original:  
*The Treasure's Island*

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: noviembre de 2018

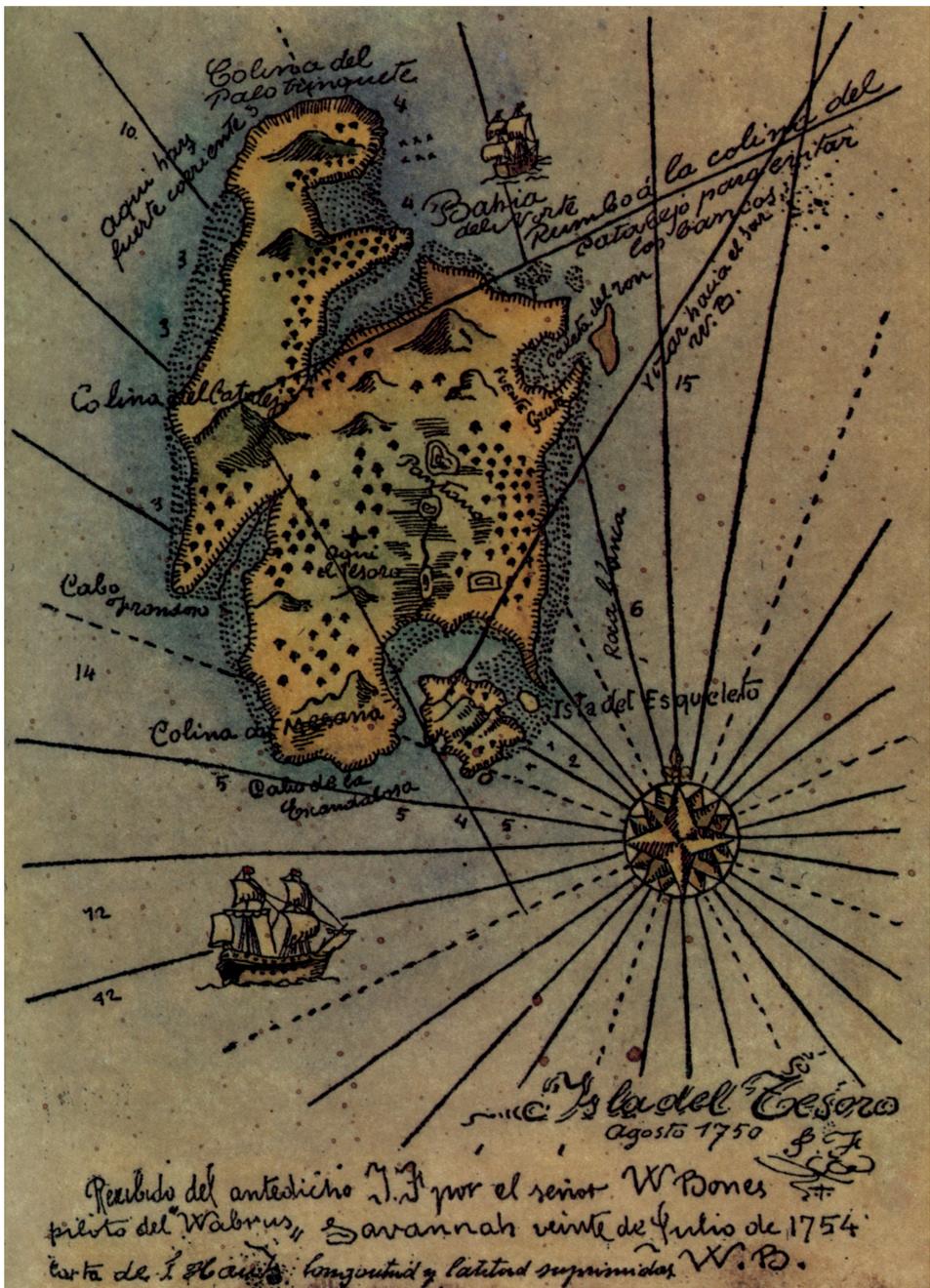
© de las ilustraciones: Herederos de Joan Junceda  
© de las ilustraciones Edicions Hipòtesi, S.L.  
© de la traducción: Joan Rimbau Moller, 2003  
© de la presente edición: Edhasa, 2018  
Diputación 262, 2º 1ª. 08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)  
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-84-350-4020-4  
Depósito legal: B-24980-2018

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.  
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repragráficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España



Hecho por los firmantes J. F. y W. Bones, piloto del Walrus. Savannah, a 20 de julio de 1754 W. B.

Facsímil del mapa; latitud y longitud borradas por J. Hawkins.

## ÍNDICE

Al comprador indeciso . . . . .	13
Dedicatoria . . . . .	15

### PRIMERA PARTE

#### El viejo bucanero

I. El lobo de mar en la posada Almirante Benbow . . . . .	19
II. Aparición y desaparición de Perro Negro . . . . .	31
III. La mota negra . . . . .	39
IV. El cofre . . . . .	49
V. El fin del ciego . . . . .	59
VI. Los papeles del capitán . . . . .	67

## SEGUNDA PARTE

### El cocinero de a bordo

VII.	Voy a Bristol . . . . .	79
VIII.	En la taberna del Catalejo . . . . .	87
IX.	Pólvora y armas . . . . .	97
X.	La travesía . . . . .	105
XI.	Lo que oí desde el barril de manzanas . . . . .	115
XII.	Consejo de guerra . . . . .	125

## TERCERA PARTE

### Mi aventura en tierra

XIII.	Así comenzó mi aventura en tierra . . . . .	135
XIV.	El primer combate . . . . .	143
XV.	El habitante de la isla . . . . .	153

## CUARTA PARTE

### La empalizada

XVI.	El doctor prosigue el relato: cómo se abandonó el barco . . . . .	165
XVII.	El doctor prosigue el relato: el último viaje del esquife . . . . .	173
XVIII.	El doctor prosigue el relato: acaba el primer día de combates . . . . .	179
XIX.	Jim Hawkins retoma el relato: la guarnición de la empalizada . . . . .	187

XX.	La embajada de Silver . . . . .	195
XXI.	El ataque . . . . .	203

## QUINTA PARTE

### Mi aventura en el mar

XXII.	Así comenzó mi aventura en el mar . . . . .	215
XXIII.	El reflujo de la marea . . . . .	223
XXIV.	La travesía en canoa . . . . .	231
XXV.	Arrío la bandera pirata . . . . .	241
XXVI.	Israel Hands . . . . .	249
XXVII.	«Piezas de a ocho» . . . . .	261

## SEXTA PARTE

### El capitán Silver

XXVIII.	En territorio enemigo . . . . .	271
XXIX.	Otra vez la mota negra . . . . .	281
XXX.	Bajo palabra . . . . .	291
XXXI.	En busca del tesoro: la pista de Flint . . . . .	299
XXXII.	En busca del tesoro: la voz entre los árboles . . . . .	309
XXXIII.	La caída de un cabecilla . . . . .	317
XXXIV.	Y último . . . . .	325

## APÉNDICE

Los personajes del relato . . . . .	335
Mi primer libro: La isla del Tesoro . . . . .	339

## Al comprador indeciso

Si las canciones y relatos marineros  
de tempestades, aventuras, frío y calor,  
si las goletas, islas y náufragos,  
los bucaneros y el oro enterrado,  
y las viejas historias de nuevo contadas  
como se narraban a la antigua usanza  
a los despiertos jóvenes de hoy deleitan  
tanto como a mí me complacieron:

... ¡Así sea! ¡Adelante! Mas de lo contrario,  
si olvidadas las viejas pasiones  
a la estudiosa juventud ya no placen  
Kingston, el intrépido Ballantyne,  
o Cooper, el de los bosques y las olas,  
¡así sea, también! Y pueda yo  
Con mis piratas compartir la tumba  
en la que yacen ellos junto a sus obras.

A  
S. L. O.,  
*caballero norteamericano,  
cuyo gusto clásico inspiró esta narración  
que con los más calurosos deseos le dedica,  
en agradecimiento por tantas horas deliciosas,  
su buen amigo,*

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

## El viejo bucanero

## CAPÍTULO I

### EL LOBO DE MAR EN LA POSADA ALMIRANTE BENBOW

El hidalgo Trelawney, el doctor Livesey y los demás caballeros me han pedido que escriba con todo detalle acerca de la isla del Tesoro, desde el principio al fin, sin callarme más que las coordenadas de la isla puesto que aún queda allí parte del tesoro por desenterrar. Así que tomo la pluma en el año de gracia de 17... y me remontaré a la época en que mi padre regentaba la posada Almirante Benbow y bajo nuestro techo se instaló un viejo marino de piel curtida, con una cicatriz producida por un sable.

Le recuerdo como si fuera ayer, cuando llegó hasta la puerta de la posada con sus andares lentos y pesados, y tras él una carretilla que transportaba su cofre de marino. Era un hombre alto, fuerte, recio y de tez morena. Sobre los hombros de su ajado chaquetón azul caía la embreada cola de sus cabellos. Tenía las manos ásperas y agrietadas, y unas uñas negras y rotas. Y la cicatriz que le atravesaba la mejilla tenía un aspecto sucio y pálido. Recuerdo que estuvo contemplando la caleta mientras silbaba para sí y de repente entonó por vez primera aquella vieja canción de marineros que tan a menudo cantaría después...

*Quince hombres sobre el cofre del muerto...*

*¡Jo, jo, jo y una botella de ron!*

con una voz aguda y temblorosa que parecía que hubiera sido afinada y se hubiera roto entre las barras del cabestrante. Acto seguido llamó a la puerta con el pequeño bastón que empuñaba, semejante a un espeque, y en cuanto apareció mi padre pidió con rudeza un vaso de ron. Una vez se lo sirvieron lo bebió lentamente, como un entendido, paladeándolo, mientras seguía contemplando los acantilados a su alrededor y la enseña de la posada.

—Esta caleta me conviene —dijo tras un rato—, y la taberna está bien situada. ¿Recibís muchas visitas, patrón?

Mi padre le contestó que no, que por desgracia recibíamos pocas visitas.

—Muy bien —dijo—, creo que éste es un lugar apropiado para fondear. ¡Tú, amigo, ven aquí y ayuda a descargar el cofre! —le gritó al mozo que empujaba la carretilla—. Me quedaré aquí algún tiempo —prosiguió—. Soy un hombre sencillo: con ron, tocino y huevos me conformo, y con ese peñasco de allí para ver pasar los barcos. ¿Cómo debéis llamar-

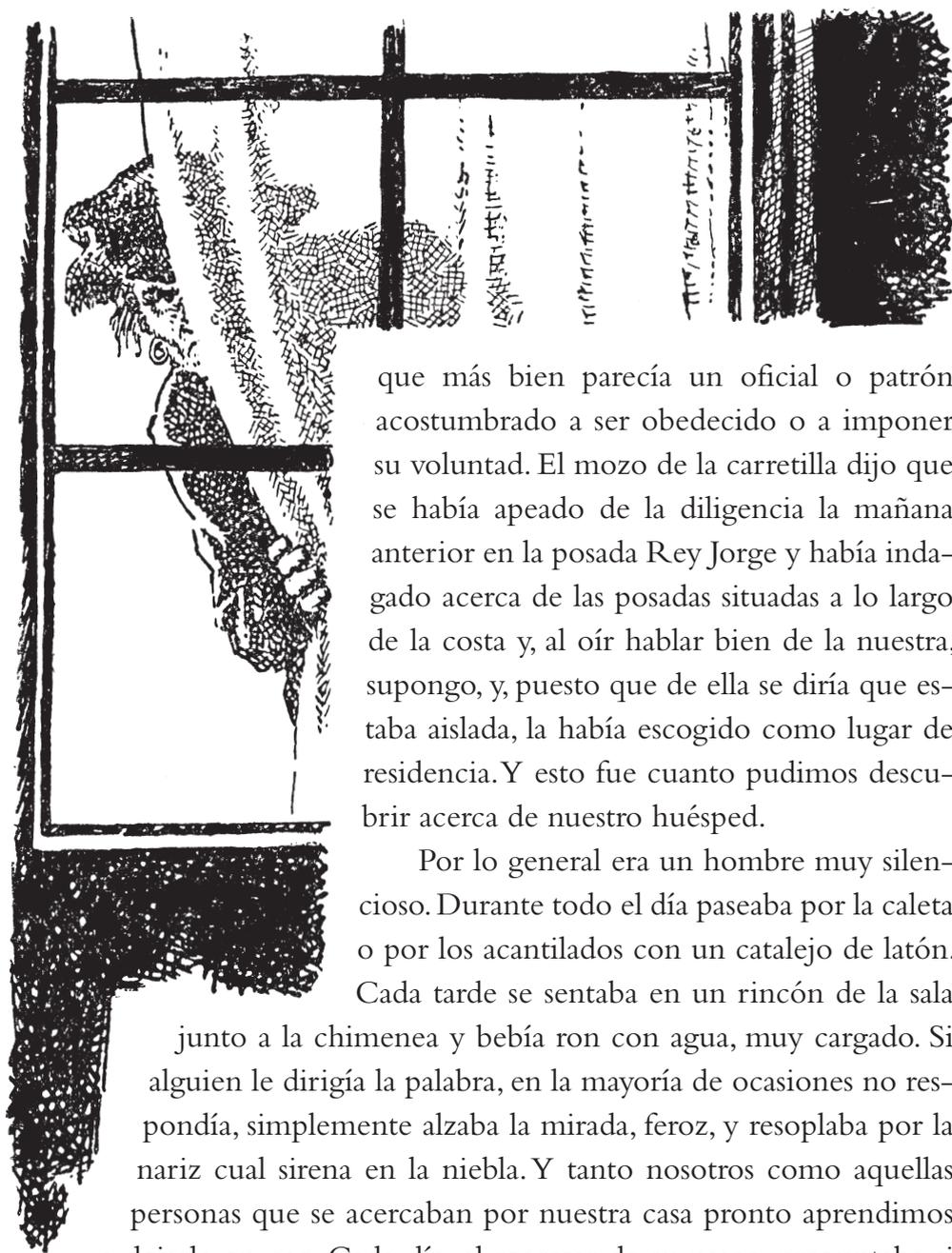


me? Llamadme capitán. ¡Ah, creo que sé en que estáis pensando! ¡Aquí tenéis! —Y en el umbral de la posada lanzó tres o cuatro monedas de oro—. Ya me avisaréis cuando necesitéis más —dijo, y parecía tan fiero como un verdadero capitán.

La verdad es que, a pesar de su andrajosa vestimenta y de su lenguaje vulgar, no tenía aspecto de simple marinero sino



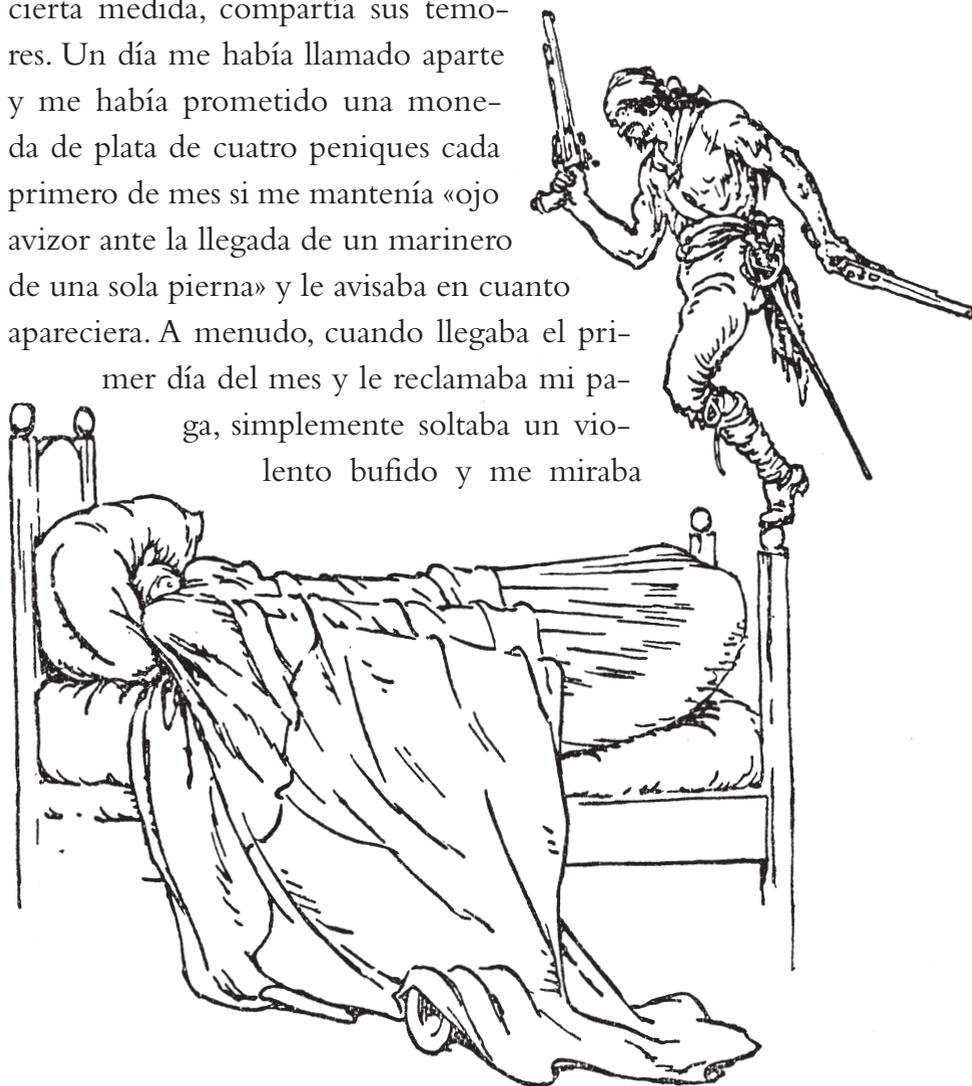
Durante todo el día paseaba por la caleta o por los acantilados.

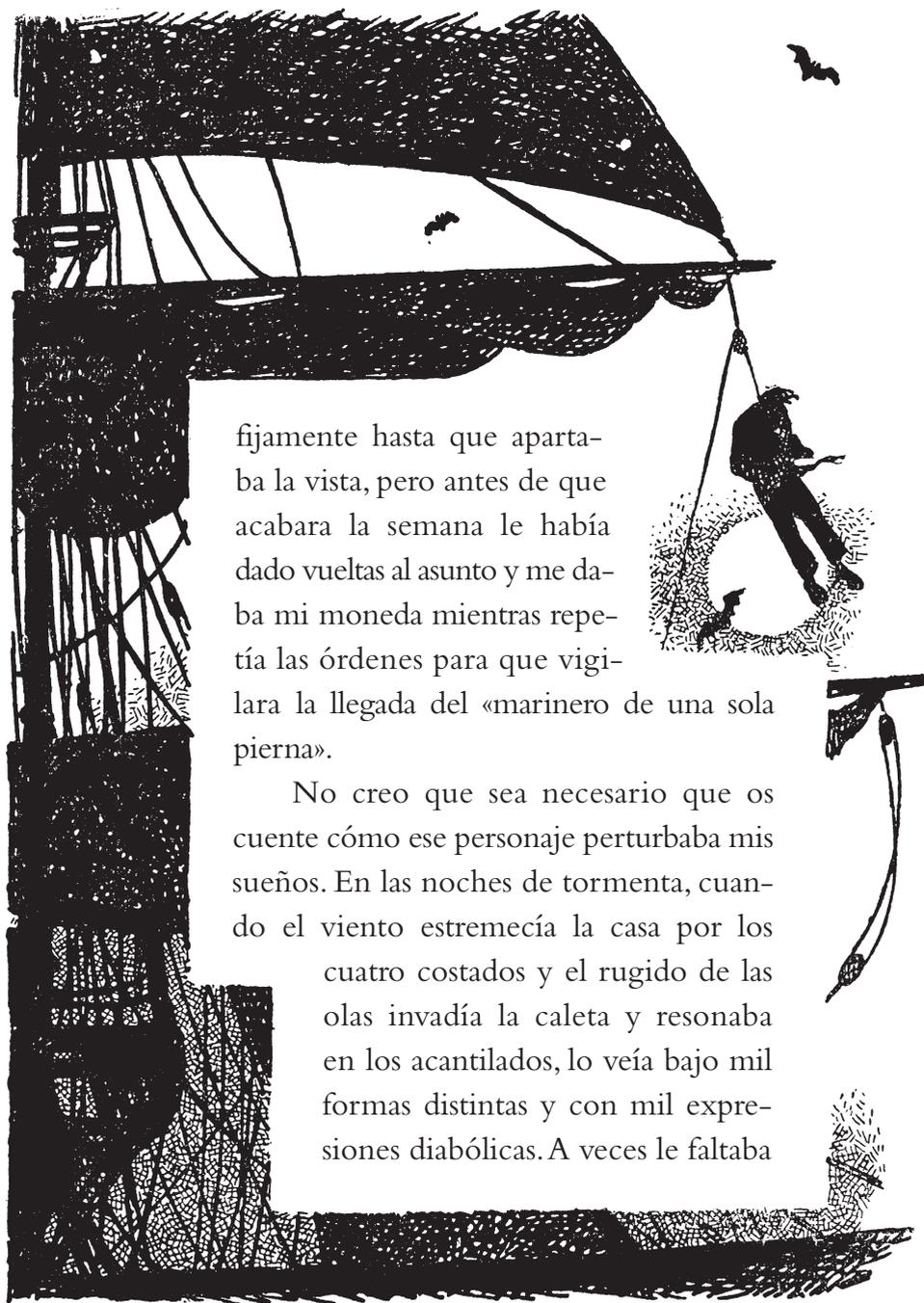


que más bien parecía un oficial o patrón acostumbrado a ser obedecido o a imponer su voluntad. El mozo de la carretilla dijo que se había apeado de la diligencia la mañana anterior en la posada Rey Jorge y había indagado acerca de las posadas situadas a lo largo de la costa y, al oír hablar bien de la nuestra, supongo, y, puesto que de ella se decía que estaba aislada, la había escogido como lugar de residencia. Y esto fue cuanto pudimos descubrir acerca de nuestro huésped.

Por lo general era un hombre muy silencioso. Durante todo el día paseaba por la caleta o por los acantilados con un catalejo de latón. Cada tarde se sentaba en un rincón de la sala junto a la chimenea y bebía ron con agua, muy cargado. Si alguien le dirigía la palabra, en la mayoría de ocasiones no respondía, simplemente alzaba la mirada, feroz, y resoplaba por la nariz cual sirena en la niebla. Y tanto nosotros como aquellas personas que se acercaban por nuestra casa pronto aprendimos a dejarle en paz. Cada día, al regresar de su paseo, preguntaba si

algún marinero había pasado por el camino. Al principio creímos que aquella pregunta se debía a que deseaba la compañía de alguno de su condición, mas al cabo comprendimos que pretendía evitarlos. Cuando un marino se detenía en la posada Almirante Benbow —cosa que hacían de vez en cuando aquellos que se dirigían a Bristol por el camino de la costa—, los espiaba desde detrás de la cortina de la puerta antes de entrar en la sala y mientras uno de esos hombres estuviera presente jamás se le oía chistar. Para mí no había nada extraño en aquella situación pues, en cierta medida, compartía sus temores. Un día me había llamado aparte y me había prometido una moneda de plata de cuatro peniques cada primero de mes si me mantenía «ojo avizor ante la llegada de un marinero de una sola pierna» y le avisaba en cuanto apareciera. A menudo, cuando llegaba el primer día del mes y le reclamaba mi paga, simplemente soltaba un violento bufido y me miraba





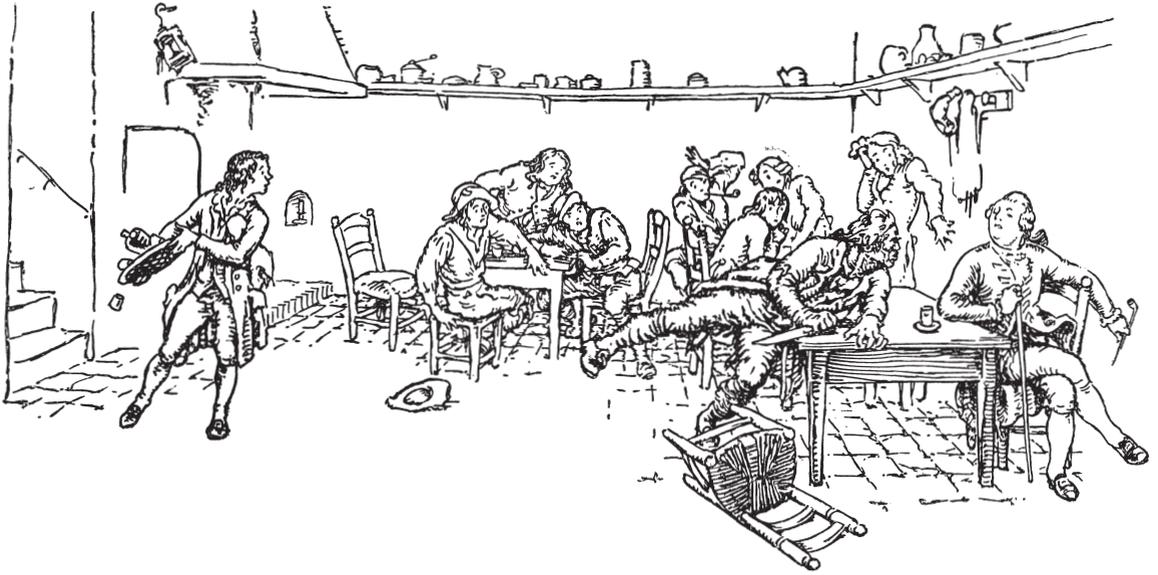
fijamente hasta que apartaba la vista, pero antes de que acabara la semana le había dado vueltas al asunto y me daba mi moneda mientras repetía las órdenes para que vigilara la llegada del «marinero de una sola pierna».

No creo que sea necesario que os cuente cómo ese personaje perturbaba mis sueños. En las noches de tormenta, cuando el viento estremecía la casa por los cuatro costados y el rugido de las olas invadía la caleta y resonaba en los acantilados, lo veía bajo mil formas distintas y con mil expresiones diabólicas. A veces le faltaba

la pierna a la altura de la rodilla, otras a la altura de la cadera; en ocasiones era una criatura monstruosa que jamás había tenido más que una pierna, en medio de su cuerpo. La peor pesadilla era verlo brincar y correr tras de mí salvando setos y zanjas. En definitiva, esas abominables alucinaciones me hacían pagar muy cara mi moneda de cuatro peniques mensual.

Sin embargo, a pesar del terror que el marinero de una sola pierna me producía, el propio capitán me infundía menos miedo que a cuantos le conocían. Algunas noches tomaba más ron con agua del que su cabeza podía soportar y se sentaba a cantar sus infames y atroces viejas canciones de marinero, sin que nadie le importara. En ocasiones pedía una ronda para todos los presentes y obligaba a la temblorosa parroquia a escuchar sus relatos o a corear el estribillo de su canción. A menudo escuché cómo la casa se estremecía al son del «¡Jo, jo, jo y una botella de ron!» cuando los vecinos se sumaban al canto para salvar su pellejo, pensando que aquello podría costarles la vida y cantando unos más fuerte que los otros para evitar ser reprendidos. Cuando le apetecía era el tipo más despótico que pueda imaginarse. Golpeaba sobre la mesa para reclamar silencio, una pregunta podía despertar su rabia apasionada o, en otras ocasiones, se enfurecía porque nadie le preguntaba y juzgaba que los parroquianos no estaban atentos a su relato. Y no permitía que nadie abandonara la taberna hasta que la borrachera lo adormeciera y tambaleándose se fuera a acostar.

Lo que más asustaba a la gente eran sus historias. Eran historias terribles sobre ejecuciones en la horca y marineros obligados a saltar por la borda desde la tabla, tormentas en alta mar, la isla de la Tortuga y hechos y lugares salvajes en aguas del Caribe. Por cuanto contaba debió de vivir entre los hombres más malvados que Dios haya puesto en los mares y el lenguaje con el que narraba esas historias impresionaba a nuestros simples



aldeanos tanto como los propios crímenes que describía. Mi padre andaba diciendo que la posada se arruinaría puesto que pronto los clientes dejarían de acudir para ser tiranizados y humillados e irse a la cama con escalofríos, pero creo que su presencia nos favoreció. Las gentes se asustaban pero al recordarlo me parece que su presencia no les desagradaba, era un verdadero acontecimiento en la tranquila vida del campo, e incluso algunos jóvenes aparentaban admiración y le llamaban «Viejo Lobo de Mar» y «Rey de los Mares», entre otros apodos, y decían que Inglaterra era temida en los mares gracias a hombres como aquél.

Sin embargo, en cierta manera sí estuvo a punto de llevarnos a la ruina, puesto que iban pasando las semanas y los meses y el dinero que nos diera ya hacía tiempo se había agotado sin que mi padre reuniera el valor suficiente para pedirle que nos pagara. Si alguna vez mencionaba la cuestión, el capitán soltaba tal bufido que parecía que rugiera y expulsaba a mi pobre padre de la estancia. En varias ocasiones le vi retorcerse las manos tras uno de esos reveses y estoy convencido de que el fastidio y el

terror en el que vivía contribuyeron en buena medida a su desgraciada y prematura muerte.

Mientras vivió con nosotros el capitán jamás cambió de vestimenta, excepto unas medias que le compró a un buhonero. Cuando se le cayó una de las alas del sombrero dejó que colgara a partir de aquel día, a pesar de las molestias que le causaba cuando soplaba el viento. Recuerdo el aspecto de su casaca, que él mismo remendaba en su habitación y que al final ya no era más que remiendos. Jamás escribió o recibió carta alguna, y no hablaba más que con los vecinos, y con la mayoría de ellos sólo cuando se había emborrachado de ron. Ninguno de nosotros vio jamás el cofre abierto.

Sólo en una ocasión le alzaron la voz, y eso fue hacia el final, cuando mi padre ya andaba cuesta abajo por la pendiente que se lo llevaría de este mundo. Una noche el doctor Livesey acudió a visitar al paciente, cenó algo de lo que mi madre había cocinado y se instaló en el salón a fumar su pipa hasta que le trajeran el caballo de la aldea puesto que en la Almirante Benbow no disponíamos de establo. Le seguí hasta allí y recuerdo que observé el contraste entre el nítido y resplandeciente doctor, empolvado y blanco como la nieve, con sus brillantes ojos negros y sus agradables maneras, y los rudos campesinos y, en especial, con aquel sucio, tosco y abotargado espantajo de pirata que teníamos bajo nuestro techo, embebido de ron y sentado con los codos sobre la mesa.

De repente el capitán comenzó a canturrear su sempiterna canción:

*Quince hombres sobre el cofre del muerto...*

*¡Jo, jo, jo y una botella de ron!*

*La bebida y el diablo dieron cuenta del resto.*

*¡Jo, jo, jo y una botella de ron!*

Al principio creí que el «cofre del muerto» era idéntico a su baúl, que se hallaba en la planta superior, y ese pensamiento se entremezcló en mis pesadillas con la imagen del marinero de una sola pierna. Pero a aquellas alturas ya ninguno de nosotros prestaba atención a la canción. Aquella noche sólo constituía una novedad para el doctor Livesey y me percaté de que en él no producía un efecto agradable puesto que durante un instante pareció enojarse, antes de proseguir su conversación con el viejo Taylor, el jardinero, acerca de un nuevo remedio contra el reuma. Mientras tanto, el capitán se fue animando al son de su propia tonada y acabó por palmotear sobre la mesa de una manera que todos sabíamos que significaba que reclamaba silencio. Las voces se detuvieron de golpe, todas excepto la del doctor Livesey. Éste prosiguió como si nada, hablando en tono claro y amable dando una calada a su pipa cada dos o tres palabras. El capitán clavó en él su mirada durante un rato, dio un nuevo manotazo sobre la mesa, lo miró con más intensidad y finalmente hizo restallar una infame maldición:

—¡Silencio en cubierta!

—¿Os dirigís a mí, caballero? —dijo el doctor, y cuando el rufián le hubo dicho que así era con una nueva maldición, añadió—: Simplemente tengo que deciros una cosa, caballero, y es que si seguís bebiendo ron el mundo pronto se habrá deshecho de una verdadera escoria.

La furia del viejo era inconmensurable. Se puso en pie de un salto, sacó una navaja de marino, la abrió y, balanceándola en la palma de su mano, amenazó con clavar al doctor en la pared.

El doctor permaneció impassible. Siguió hablándole por encima del hombro y con el mismo tono de voz, lo suficientemente alto para que se le pudiera oír en toda la estancia, pero tranquilo y con firmeza:

—Si no guardáis inmediatamente esa navaja en el bolsillo, os doy mi palabra de honor de que en la próxima sesión del tribunal seréis condenado a la horca.

A ello siguió una batalla de miradas entre ambos, pero pronto el capitán tuvo que pasar por el aro, guardó el arma y volvió a sentarse gruñendo como un perro apaleado.

—Y a partir de ahora, caballero —prosiguió el doctor—, puesto que estoy al corriente de la presencia de un individuo de vuestra calaña en mi distrito, podéis estar seguro de que os vigilaré de noche y de día. No sólo soy médico, sino que también soy juez, y si hasta mí llega la más leve queja contra vuestra persona, aunque no sea más que por una falta de educación como la de esta noche, tomaré cuantas medidas estén a mi alcance para que os den caza y os alejen de aquí. Esperemos que eso baste.

Al cabo de poco llegó el caballo del doctor Livesey a la puerta, y éste se marchó, pero el capitán se mantuvo tranquilo aquella noche y durante muchas noches más.

